

Los amigos de Daniel y el resultado de su fidelidad a Dios

(Daniel 3:1-27)

Eran hombres de importancia en el gobierno. Habían llegado a esos altos cargos de responsabilidad y confianza debido a la combinación de capacidad intelectual, estudio y entrenamiento. El mismo emperador les había establecido un programa de tres años de aprendizaje. Pero ahora, sus corazones sufren al escuchar los ensayos de la orquesta para la gran inauguración de esa gran estatua. Los ritmos eran macabros, y la música ensordecedora, disonante y producía irritación. Reconocían los ritmos de la música satánica porque era la misma que se usaba para los sacrificios humanos.

Aquella mañana los tres amigos se encontraron para discutir la situación. Lo peor del caso es que Daniel, su amigo de confianza y hombre de mucha experiencia no estaba en la ciudad.

Se reúnen en un cuarto de la espaciosa casa y ordenan a los sirvientes que todos se retiren. Uno de ellos, el mayor, toma la palabra y dice:

— “Ustedes saben la razón por la cual los he convocado”.

Los otros dos lo observan con atención.

— El emperador ha determinado que todos tenemos que adorar esa estatua, ese ídolo abominable que él ha hecho. Y no sólo eso, sino que ha dicho que quien se niegue a hacerlo será sentenciado a muerte. Al decir esto último, la voz de Sadrac se hace mas grave y solemne. Mesac y Abed Nego intercambian una mirada. Mesac parece estar tranquilo, pero Abed Nego se pone pálido. Su corazón empieza a palpitar fuertemente. Sadrac continúa.

— El que no adore la estatua va a ser echado en un horno de fuego.

Ahora Abed Nego se pone más pálido y demacrado. Su cuerpo se cubre por un sudor frío.

— ¿Que haremos? — dice uno de ellos. La semana que viene es la inauguración y se ha dado la orden que todos los empleados del gobierno tenemos que concurrir.

Sadrac se levanta y dice:

— El segundo mandamiento enseña *“No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios”* (Ex 20:4-5).

Los tres amigos habían aprendido a recitar de memoria el “Shema” del pueblo de Dios: *“Escucha Israel: el SEÑOR nuestro Dios, el SEÑOR uno es. Y amarás al SEÑOR tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas”* (Dt 6:4-5).

— “Yo no voy a adorar la estatua de Nabucodonosor”, declara Sadrac.

Mesac toma la palabra. Es obvio que está nervioso. Piensa en lo que le va a suceder a su esposa y sus pequeños hijos si su padre muere en el horno de fuego.

Yo también quiero ser fiel a Dios pero me pregunto si habrá alguna manera de evitar esta confrontación con el rey. Después de todo él ha sido muy bueno con nosotros. Todo lo que tenemos, la posición a que hemos llegado y la autoridad que ejercemos, se la debemos a él. ¡Cómo me gustaría que Daniel estuviera aquí con nosotros para pedirle consejo!

Abed Nego se para con dificultad. Sigue pálido pero no tanto como unos minutos antes.

— Hermanos — les dice —, *yo también quiero ser fiel al SEÑOR*, pero no se nos está pidiendo que renunciemos a nuestro Dios. Sólo se trata de arrodillarnos por unos pocos segundos y nada más.

— Hermanos —dice Sadrac —, ¿se acuerdan cuando éramos jóvenes y decidimos no contaminarnos con la comida del rey? Allí también estuvimos en gran peligro porque no nos alimentamos de la comida de la mesa del rey. Pero Dios nos ayudó. ¿Recuerdan a nuestros compañeros que decidieron comer de la comida del rey? Ellos no llegaron a nada en sus vidas. Nunca progresaron ni ascendieron. Siguen trabajando en el mismo cargo que tenían en aquel tiempo. No han seguido fieles al Señor. Celebran algunas de las fiestas de Jehová pero no tiene problemas en participar de las fiestas de Baal.

Sadrac por fin hace una pausa y agrega;

— Hermanos, oremos al SEÑOR.

Los tres hombres oran. Primero Sadrac, luego Mesac y por último Abed Nego. En sus oraciones alaban a Jehová de los Ejércitos. Cuando terminan de orar sus rostros han cambiado. Tienen una paz que sólo Dios puede dar, *“la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento” (Fil 3:7)*. Sadrac dice:

— El Señor me ha hablado al corazón y yo quiero ser como Josué, quien dijo: *“yo y mi casa serviremos al Señor”*.

Mesac se para y dice.

— El Señor también ha hablado a mi alma y me ha dado la promesa de Josué. *“Esfuérzate y se valiente”*.

Abed Nego se levanta después. Su rostro también denota paz y dice.

— A mi igualmente el Señor me ha hablado y me ha dicho: *“Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y cuando pases por los ríos, no te inundarán. Cuando andes por el fuego, no te quemarás; ni la llama te abrasará” (Is 43:2)*.

Los tres regresan a sus casas. Sus esposas les preguntan qué harán. El rey quiere que todos adoren la estatua que él ha levantado, y cada uno de ellos le responde:

— Jehová está sentado en el trono de los cielos.

Allí, en la corte, los enemigos de los varones hebreos traman un plan con cuidado. Piden audiencia con el emperador. Se acercan con esa combinación que ciertos cortesanos tienen de adulación y maldad.

— Majestad — dicen —, no tenemos palabras para agradecer sus bondades hacia nosotros y reconocemos que usted es el rey más grande, más ilustre, más inteligente, más poderoso, más prudente, más...

El Emperador no está de buen humor ese día y les dice:

Vayan al grano.

— Su excelencia, nosotros no somos chismosos ni lenguaraces, pero hemos notado que hay ciertas personas que no obedecen sus ordenes. Y no sólo eso, tampoco lo respetan a usted.

El rostro del rey se pone rojo. La presión arterial le sube a 20 de máxima. Sus ojos quedan enrojecidos de furor.

— ¿Cómo dicen ustedes? ¿Me van a decir que en mi reino hay gente que no obedece a mis órdenes? Tráiganlos inmediatamente a mi presencia.

Los soldados del emperador van a buscar a los tres hombres. Esa mañana se han despedido de sus familias antes de ir a trabajar. “Que la paz de Dios os protejan”, dicen al salir. Y ellas responden con las mismas palabras. Cuando los recios soldados llegan para buscarlos, ellos ya los están esperando. Con la tranquilidad y fortaleza que sólo Dios puede dar, acompañan a los militares. Son traídos delante del rey. El emperador está sentado en su trono. El oro abunda por todos lados. Hay grabados del áureo metal en el respaldo del trono, en el lugar donde el rey apoya los brazos y en el estrado de sus pies. Allí están todos los hombres importantes de la corte. Sus vestiduras lujosas realzan la majestad del lugar.

Los tres hombres se acercan caminando con dignidad y hacen los saludos protocolares al emperador. El rey los mira uno a uno. Se hace completo silencio en la sala que está llena de cortesanos. El emperador dice:

— ¿Es verdad, Sadrac, Mesac y Abed Nego, que vosotros no rendís culto a mi dios, ni dais homenaje a la estatua de oro que he levantado?

Observen que el rey no menciona la primera acusación que le fue formulada: *“no te han hecho caso”*. Los tres hombres están tranquilos. Tienen la paz que Dios da a los suyos en los momentos de mayor necesidad. Las dudas y temores se han disipado. Ven delante de ellos un trono majestuoso. Pero de pronto, me imagino que pasa algo increíble. Al mirar al trono ven que el emperador y su trono comienzan a disminuir de tamaño y se empiezan a hacer mas pequeños. Tienen la misma sensación visual que tenemos nosotros cuando con una cámara fotográfica apretamos el dial que hace que los objetos se vean mas pequeños y mas lejos. Pero mientras la imagen de Nabucodonosor y su trono se empequeñece, comienzan a ver *“al Señor sentado sobre un trono alto y sublime” (Is 6:1)*. La voz del emperador se hace más distante. Pero de pronto, el volumen vuelve a su nivel normal y escuchan ese sonido grave y amenazador.

— *“¿Estáis listos para que al oír el sonido de la corneta, de la flauta, de la cítara de la lira, del arpa, de la zampoña, os postréis y rindáis homenaje a la estatua que yo he hecho?”*

Ellos habían escuchado esa música satánica. Habían oído esos sonidos disonantes que causaban temor. Habían escuchado esos ritmos paganos que podían asociar tan bien con las ceremonias diabólicas. Esa música infernal no la podían soportar. Se acordaban de las melodías celestiales que habían escuchado muchas veces acompañando a los Salmos de David. Esa música era maravillosa, los elevaba, les daba paz. Pero esta música del emperador para adorar la estatua era diabólica. No inspiraba paz; infundía intranquilidad. No inspiraba confianza; suscitaba inseguridad.

El emperador baja aún más la entonación de su voz. Su sonido se vuelve siniestro:

— *“Porque si no rendís homenaje, en la misma hora seréis echados en medio de un horno de fuego ardiendo, ¿y qué dios será aquel que os libre de mis manos?”*

El monarca mira a los tres hombres y luego comienza a observar lentamente a todos sus cortesanos con una mirada de triunfo.

A lo largo de su vida, ha vencido a muchos pueblos y no ha visto que ningún dios ayudara a su gente. Por eso cree que Jehová de los Ejércitos es como uno más de esos dioses que él conoce. Cree que su amenaza va a convencer a esos tres hombres. Pero está muy equivocado. El silencio se rompe y los tres hombres hablan al unísono. Sus voces denotan claridad y tranquilidad. Nadie tartamudea ni tiembla.

— *“Oh Nabucodonosor, no necesitamos nosotros responderte sobre esto. Si es así, nuestro Dios, a quien rendimos culto, puede librarnos del horno de fuego ardiendo: y de tu*

mano, oh rey, nos librará. Y si no, que sea de tu conocimiento, oh rey, que no hemos de rendir culto a tu dios ni tampoco hemos de dar homenaje a la estatua que has levantado”.

En la respuesta de los tres hombres hay, al menos, dos afirmaciones. La primera declara que Dios tiene el poder de librar a sus hijos, y ellos confían en que lo hará. La segunda, en cambio, admite otra posibilidad. Quizá Dios no tenga en sus planes librarlos, pero aun así, los tres hombres seguirán honrándolo y se negarán a adorar a la estatua.

¿De dónde sacaron estos hombres el coraje para hablarle así al emperador? ¿De dónde obtuvieron esa convicción de que Dios los va a librar? El rey creía que los tenía bajo su poder, pero ellos confrontan al rey con la realidad de que no están bajo su mano sino que están bajo la mano del Rey de reyes y Señor de señores. En ese momento Nabucodonosor está que “explota”. Su rostro está enfurecido. Delante de toda la corte estos tres hombres lo han desafiado y le han dicho que ellos no van a obedecerlo en cuanto a adorar a su dios y su estatua. El rey está tan airado que parecería que sus ojos se salen de las órbitas. ¿Cómo es posible que me traten a mí, el emperador, de esa manera y delante de toda la corte? Estos hombres se merecen un castigo ejemplar ¡Van a aprender las consecuencias que tiene desacatar la orden del rey!

Los tres hombres habían decidido que era más importante obedecer a Jehová de los Ejércitos que a un hombre, aunque fuera el mismo emperador. Habían resuelto que era preferible que el emperador se enojara a que el Dios de Abraham se airase. Muchos cientos de años después el apóstol Pablo dijo lo siguiente: *“Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros” (Ro 8:31).*

Estos hombres están convencidos que Dios va a obrar un milagro. De alguna manera la frase *“de tu mano, oh rey, nos librará”* parece señalar esa convicción. Pero si en su voluntad soberana decide no hacerlo, ellos están dispuestos a morir.

Esa misma actitud la expresó el apóstol Pablo muchos años después: *“¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? Porque yo estoy listo no sólo a ser atado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús” (Hch 21:13).*

El rey está furibundo. Nunca en su vida se le había presentado una situación similar. Nadie se había resistido jamás a su voluntad. Y lo peor de todo, es que había sido provocado delante de toda su corte.

— *“Que calienten el horno siete veces más de lo acostumbrado”* — grita el rey completamente encolerizado. E inmediatamente los tres hombres son atados y llevados por fuertes soldados de su guardia. Esos fornidos hombres piensan que su trabajo va a ser muy fácil. Allí abajo, las llamas de fuego suben y bajan como si estuvieran bailando una danza infernal. Se escucha el crepitar de los maderos y los ojos de todos los aristócratas y diplomáticos miran con miedo y horror. Entonces los soldados levantan a cada uno de los presos como si fueran plumas. Se acercan al orificio designado para echar el combustible. Pero esta vez no son pedazos de madera, sino que son tres hombres. Sin embargo, lo que estos hombres sanguinarios no saben es que esos cuerpos que tienen en sus brazos los están protegiendo. Los verdugos tenían fuerza pero no poseían la defensa de Dios. En cambio, los tres fieles amigos no tenían mucha fuerza, pero tenían el auxilio divino. De alguna manera, los cuerpos de estos tres hombres estaban funcionando como una gruesa capa de amianto o como el material exterior de un cohete transbordador espacial que puede soportar una temperatura de mil grados.

Los despiadados ejecutores gritan y los arrojan a una. Los cuerpos son echados y caen en las llamas. En el momento que esto sucede una llamarada intensa sale de la misma manera que si se hubiera echado el contenido de un gran recipiente de combustible. Los cuerpos de los fornidos soldados caen al suelo mientras que se revuelcan de dolor. Allí

quedan inmóviles. Muchos de los administradores y cortesanos han cerrado sus ojos para no ver ese espectáculo tan horrible. El olor de la carne quemada es repulsivo.

El rey se levanta y está alarmado. Su rostro, antes enrojecido por el furor, ahora está pálido de miedo. Llama a sus oficiales.

— ¡Es posible que haya habido un error y hayamos echado a cuatro personas?

— No —afirman sus oficiales— echamos sólo a tres.

— ¿Cómo es posible? Yo veo cuatro. Miren: uno, dos; más allá está el tercero y más allá el cuarto. ¿Lo ven?

— Claro que lo vemos. Pero no puede ser. No están muertos. Están caminando entre las llamas como si nada. Los echamos bien atados y allí están caminando con toda tranquilidad. No están acurrucados en un rincón. Están paseándose entre las llamas “y *no sufren ningún daño*”.

Un hombre distinto de los otros tres

Creo que esto representa una aparición del Señor Jesucristo antes de su encarnación, lo que se conoce como una teofanía.

¿Qué es lo que vio Nabucodonosor que le hizo pensar que la cuarta persona era como “*hijo de los dioses*”? Yo creo que observó varios elementos que le permitieron llegar a esa conclusión. Quizás lo que vio fue similar a la descripción del Hijo del Hombre que encontramos en Apocalipsis capítulo 1. Insisto en la palabra “similar”, es decir, que no fue “idéntico”.

En primer lugar, pensemos en su aspecto. La apariencia de esta persona denotaba su dignidad. En el Nuevo Testamento se nos relata un acontecimiento que tiene algunos elementos en común con esta historia. Los discípulos estaban con el Señor Jesús en el monte de la transfiguración. Uno de ellos fue el apóstol Pedro, quien en la segunda de sus epístolas se refirió a ese acontecimiento y dijo: “*nosotros fuimos testigos oculares de su majestad*” (2 P 1:16). Juan, otro de los apóstoles que estuvo también allí, dijo lo siguiente: “*contemplamos su gloria, como la gloria del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*” (Jn 1:14). Observemos la similitud entre las palabras de Nabucodonosor y el apóstol Juan. El emperador dijo que “*el aspecto del cuarto es semejante a un hijo de los dioses*”. Juan expresa “*la gloria del unigénito del Padre*”. Su semejanza era tan sublime que Juan dice: “*cuando le vi, caí como muerto a sus pies*” (Ap 1:17).

En segundo lugar, notemos su andar. Andaba con dignidad y autoridad. Las llamas de fuego no lo asustaban ni lo detenían. Caminaba con ese porte que corresponde a la realeza. Con esa autoridad que el emperador sólo podía atribuir a la divinidad. El mismo apóstol Juan nos describe al Señor Jesucristo de esa misma manera: “*el que tiene las siete estrellas en su mano derecha, el que camina en medio de los siete candeleros de oro*” (Ap 2:1).

En tercer, fijémonos en sus ropas. No sólo eran resistentes al fuego; eran ropas más hermosas y brillantes que las del emperador. Nuevamente nos acordamos que en el monte de la transfiguración los discípulos vieron que “*sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, como la nieve, tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer tan blancos*” (Mr 9:3). Juan nos habla de aquel que estaba “*vestido con una vestidura que le llegaba hasta los pies y tenía el pecho ceñido con un cinto de oro*” (Ap 1:13).

En cuarto lugar, creemos que el emperador vio los gestos y expresiones de este cuarto hombre y percibió la manera en que los otros tres interactuaban con él. En los tiempos de las películas de cine mudo era muy importante observar los gestos de las personas dado que en estos se expresaba la narración y los sentimientos de los protagonistas. Cuando el apóstol Juan cayó a los pies de aquel cuyos pies son *“semejantes al bronce bruñado, ardiente como en un horno”* fue confortado por el Señor Jesús: *“y puso sobre mi su mano derecha y me dijo: No temas”* (Ap 1:17).

Me resulta llamativo que estos hombres tuvieron que pasar por la prueba de ser echados en el horno de fuego para poder experimentar la compañía de aquel que es semejante al Hijo de Dios.

Un Dios que sorprende a todos

“Entonces Nabucodonosor se acercó a la puerta del horno de fuego ardiendo y llamó diciendo: ¡Sadrac, Mesac y Abed Nego, siervos del Dios altísimo, salid y venid!” (Dn 3:26). Es el mismo emperador quien se acerca a la puerta del horno y les da la orden de que salgan fuera. Si estos hombres pudieron sobrevivir el horno de fuego, sin duda que tenían poderes sobrenaturales que les permitirían salir por sus propios medios. Notemos que la Escritura dice: *“salieron de en medio del fuego”*. Para hacerlo tenían que pasar por esas llamas y pisar los tizones incandescentes todavía. Y lo hicieron sin recibir ningún daño. El versículo 27 nos dice que se reunieron los sátrapas, los intendentes, los gobernadores y los altos oficiales del rey para mirar a estos hombres; cómo el fuego no había tenido poder alguno sobre sus cuerpos, ni aun el cabello de sus cabezas se había quemado, ni sus mantos se habían alterado, ni el olor del fuego había quedado en ellos (Dn 3:27).

Los tres hombres son examinados cuidadosamente. No hay evidencia de daño en sus cuerpos. Sus ropas están intactas, con la excepción de las cuerdas con las que los ataron. Los cabellos que son muy sensibles al fuego estaban intactos. Uno a uno los sátrapas y gobernantes dicen frases como esta: *“¡yo nunca vi nada así, esto es increíble!”*. *“Yo no puedo creer que estuvieran en ese horno y no murieran”*.

Al final del largo día vuelven a sus casas y saludan a sus esposas e hijos. *¿Por qué me abrazáis tan fuerte? dice una de ellas. ¿Por qué tenéis lágrimas en vuestros ojos? dice otra. ¿Por qué estáis besando a nuestros hijos con tanto cariño?, dice la tercera.*

Finalmente le cuentan la historia. Al terminar la narración toda la familia está orando a Dios y alabando su nombre por su fidelidad.

— Papito, le pregunta uno de los hijos, *¿tuviste miedo cuando estabas caminando por las llamas?*

— Sí, dice Abed Nego, pero las fuerzas que me dio el Señor fueron mayores que mi temor (2 Co 12:9).

Sus vidas han quedado grabadas en el capítulo de los hombres de la fe: *“alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, sofocaron la violencia del fuego”* (He 11:33-34).

Dios hace maravillas ante el poder de los impíos

Encuentro, por lo menos, ocho hechos milagrosos en esta narración.

Primero, los hombres de Dios no se quemaron en el fuego, a pesar del calor intensísimo con que fue preparado el horno.

Segundo, no murieron por asfixia y los gases tóxicos que se desprenden de la combustión. Tenga en cuenta que, en la mayoría de los incendios, las personas mueren por la combinación de asfixia e inhalación de gases tóxicos, antes que por quemaduras.

Tercero, al caer en el horno encendido, presumiblemente desde una altura no menor de dos metros, es sorprendente que no tuvieron lesiones serias en el cráneo o fracturas en los huesos. Supongo que los tiraron para que cayeran de cabeza pero cayeron parados.

Cuarto, fueron liberados de esas ataduras resistentes con las que los soldados los inmovilizaron. Ignoramos si las ataduras fueron quemadas o si el Señor los desató.

Quinto, pudieron soportar por un tiempo prolongado esas enormes temperaturas sin sufrir ningún daño. Incluso lograron caminar en un lugar así. Hoy sólo se podría hacer eso con un equipo muy sofisticado y por muy poco tiempo.

Sexto, sus cuerpos actuaron como un escudo de protección para los verdugos. Esta protección milagrosa desapareció cuando ellos fueron echados en el horno.

Séptimo, no tenían olor a humo en sus vestidos.

Octavo, había uno con ellos cuyo aspecto era semejante a hijo de los dioses.

El resultado de la fidelidad a Dios

Observemos los resultados de su fidelidad.

1. Obtuvieron una promoción en sus empleos en el gobierno.
2. El emperador reconoció y bendijo al Dios de los tres fieles.
3. Nabucodonosor admiró el coraje y fidelidad que estos tres hombres tenían hacia su Dios.
4. El rey ordenó que el Dios de Sadrac, Mesac y Abed Nego fuera respetado en todo su reino.
5. El emperador reconoció que *“no hay otros dioses que pueda librar así como él”*.

La recompensa a la fidelidad de estos hombres fue múltiple. En primer lugar, si nunca hubieran sido echados en el horno de fuego, nunca hubieran tenido la compañía de aquel que es *“semejante a hijo de los dioses”*.

Jamieson y sus colaboradores dicen que “ellos caminaban de un lado para otro en el fuego, no para alejarse, sino esperando el tiempo de Dios para que los librase. De la misma manera, Jesús esperó en la tumba como el prisionero de Dios, hasta que Dios le permitió salir (**Hch 2:26-27**).

Otros temas de coloquio

Es de destacar la importancia que se le da a los instrumentos musicales y a la música en esta narración. La música tiene un poder mucho mayor del que muchas veces nos damos cuenta. Esta puede inspirar a lo bueno o a lo malo. La música puede fomentar lo carnal y pecaminoso o lo espiritual y piadoso. ¡Quién no se ha sentido elevado al escuchar las sinfonías de Beethoven o el Mesías de Handel!

Por otro lado, este pasaje es probablemente uno de los mas antiguos documentos donde se expresa el concepto de libertad de culto en oposición a la religión del Estado. Este

principio sigue siendo atacado por los distintos sistemas políticos totalitarios en todo el mundo.

Preguntas para reflexionar y discutir

¿Cuáles son las razones que les permitieron a estos hombres tener esas convicciones tan fuertes?

¿Qué hubiera hecho yo en una situación similar?

¿Qué situaciones puedo mencionar en las que mi fidelidad al Señor fue sometida a la prueba?

¿Cómo respondí frente a cada una de esas situaciones?

¿Qué enseñanzas recibí en cada una de las situaciones mencionadas?